

Serie La Epístola de Santiago

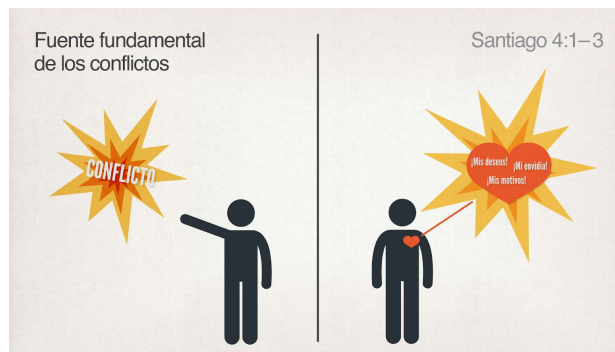
- Capítulo 4: 1 - 17 -

Septiembre 21, 2022

INTRODUCCION:

- El poder de las preguntas retóricas -

Santiago presenta su siguiente gran idea usando otra pregunta retórica, esta vez, acerca de la fuente de los conflictos y las guerras. Las preguntas retóricas representan más que el mero anuncio de un tema; ellas nos desafían a pensar acerca de las respuestas que podamos tener antes de que Santiago presente su propia respuesta. Si nuestra respuesta difiere de la suya, entonces estaremos más inclinados a escuchar sus enseñanzas acerca del tema en cuestión. Incluso si llegamos a la misma respuesta, nos sentimos motivados a comparar la forma en que la otra persona llegó a su conclusión y aprender de ello. El fondo de esto es que las preguntas retóricas pueden producir un nivel de compromiso mucho más profundo con una audiencia, comparado con el mero anuncio de ‘Ahora discutiremos...’.



¿De dónde surgen las guerras y los conflictos entre ustedes? ¿No es precisamente de las pasiones que luchan dentro de ustedes mismos? 2 Desean algo y no lo consiguen. Matan y sienten envidia, y no pueden obtener lo que quieren. Riñen y se hacen la guerra. No tienen, porque no piden. 3 Y, cuando piden, no reciben porque piden con malas intenciones, para satisfacer sus propias pasiones. (Santiago 4:1-3)

Fuente fundamental de los conflictos: Santiago plantea una pregunta retórica acerca de la fuente de los conflictos en nuestra vida. ¿Cómo responderías tú a eso? ¿Qué fuentes vienen a tu mente? En primer lugar podríamos pensar en causas externas que nos permitan evitar asumir responsabilidades, pero Santiago nos lleva a ver dentro nuestro, al papel que desempeñan nuestros deseos, envidia y motivos.

La respuesta de Santiago a su pregunta contiene una elevada carga retórica. ¿Por qué? Responde con otra pregunta, una que anticipa el acuerdo y aceptación de parte del lector. Sin

embargo, en lugar de solo decir que los conflictos y las guerras se derivan de nuestras propias pasiones, Santiago usa otro recurso para atraer nuestra atención a la respuesta. La palabra «precisamente» (NVI) del versículo 1 es una referencia que apunta a la respuesta: «¿No es precisamente de las pasiones...?». Otras traducciones, como la RV60 o LBLA, omiten esta referencia. El valor que tiene este tipo de referencia es su capacidad de retrasar por un momento la introducción de la idea meta, despertando una atención especial hacia ella. Independientemente de cómo se traduzca 4:1, las dos preguntas retóricas de este versículo, junto con la referencia que apunta a la respuesta, destacan la importancia que Santiago asigna al rol que desempeñan nuestros deseos y pasiones.

En lugar de simplemente condenar a las pasiones y deseos como algo malo, Santiago se enfoca en el daño que pueden producir si los dejamos florecer sin ningún tipo de restricción moral. El problema no es la pasión en sí misma, sino que more en nosotros o que actuemos en base a ella. Todos enfrentamos tentaciones a diario, es parte de la vida en un mundo caído que espera por su restauración final (véase Ro 8:18–23). Pablo describe a una persona ‘no salva’ como esclava del pecado, pero los creyentes han sido liberados de su esclavitud para servir a Dios (Ro 6:6–7; 7:5–6). Por ello, cuando enfrentamos las tentaciones, la pregunta del millón es cómo vamos a responder a esta nueva libertad. ¿Fijaremos la mente en los deseos de la naturaleza pecaminosa o en los deseos del Espíritu? (Ro 8:5–6). Hasta que el Señor vuelva y recibamos cuerpos glorificados, continuaremos enfrentando una batalla permanente con nuestros deseos carnales. Si bien hemos sido liberados del pecado, la elección de a quién serviremos sigue siendo nuestra: «Antes ofrecían ustedes los miembros de su cuerpo para servir a la impureza, que lleva más y más a la maldad; ofrézcanlos ahora para servir a la justicia que lleva a la santidad» (Ro 6:19).



Fuente fundamental: Puede resultar tentador culpar de nuestros conflictos únicamente a otros, sin considerar el papel que juegan nuestras pasiones y deseos en ellos. Santiago señala que nuestros conflictos con otros o con Dios tienen su origen dentro de nosotros; la guerra que libran nuestros deseos y pasiones salpica nuestra interacción con los demás.

El lenguaje de guerra que Santiago usa en el capítulo 4 marca un paralelo con la descripción que hace Pablo de nuestra batalla permanente entre servir a Dios y servir a nuestros deseos carnales. Santiago arroja una luz negativa sobre los deseos; no son deseos saludables que nos edifiquen y nos hagan crecer, sino que nos hacen entrar en batalla con lo que sabemos es correcto

o nos conducen a hacer guerra con los demás. Santiago da a entender que estos deseos nos fuerzan a servir a nuestra carne en lugar de servir a Dios.

Santiago nos da un par de ejemplos en la primera parte del versículo 2. El deseo de tener algo de lo que carecemos puede ser lo suficientemente poderoso como para llevarnos a matar. Santiago puede estar usando una hipérbole aquí, pero crea una imagen poderosa para que reflexionemos en ella. Su siguiente ejemplo es un poco menos extremo, pero igualmente perjudicial: Los deseos no cumplidos o no satisfechos conducen a guerras y riñas.

En la segunda mitad del versículo 2, Santiago cambia de enfoque y pasa, de describir la conducta, a diagnosticar la raíz del problema introduciendo el término «porque» al final del versículo 2 y en el versículo 3. Aun cuando la gente desea algo, no lo reciben, porque no lo piden. La implicancia en este caso es que no piden a Dios en oración lo que desean; y aquellos que lo han pedido (versículo 3), no lo reciben, porque piden por razones equivocadas. Ellos no desean aquello que les falta para ser edificados o para crecer, sino para satisfacer sus propios deseos egoístas. Esto implica que no podemos esperar que el Señor nos dé lo que en realidad no necesitamos. Existen restricciones acerca de lo que podemos esperar que el Señor nos provea y Santiago dice que la motivación e intenciones detrás de nuestra petición, tienen un rol importante en el resultado de lo que pedimos.



4 ¡Oh gente adúltera! ¿No saben que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Si alguien quiere ser amigo del mundo se vuelve enemigo de Dios. 5 ¿O creen que la Escritura dice en vano que Dios ama celosamente al espíritu que hizo morar en nosotros? 6 Pero él nos da mayor ayuda con su gracia. Por eso dice la Escritura: «Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes». (Santiago 4:4)

“¿A(ene)amigos?”: ¿Es posible ser amigo y enemigo al mismo tiempo? No en nuestra relación con Dios. No podemos dedicar nuestra vida a Dios y al mundo al mismo tiempo. Si escogemos ser amigos del mundo, escogemos también ser enemigos de Dios. No podemos servir a dos señores (Mateo 6:24). Ser “a(ene)migo” de Dios no es una opción.

¿Despertaría una mañana un seguidor de Jesús decidido a ser amigo del mundo y así ser un enemigo de Dios? No es muy probable que ello ocurra. Más probable es que una amistad semejante se desarrolle lentamente en el tiempo, incluso bajo la premisa de «hacerse todo para todos» (1 Corintios 9:22). Después de todo, ¿quién quisiera intencionalmente hacerse enemigo de Dios? Este es precisamente el punto que Santiago plantea aquí; desea que entendamos

claramente las implicancias y consecuencias de nuestras decisiones. Si bien podemos creer que ser complacientes con nuestros deseos es inofensivo, hacer algo semejante puede tener consecuencias espirituales desastrosas. Entender esto nos puede disuadir de entregarnos a deseos pecaminosos y ayudarnos a pensar en el resultado de nuestras decisiones.



7 Así que sométanse a Dios. Resistan al diablo, y él huirá de ustedes. 8 Acérquense a Dios, y él se acercará a ustedes. ¡Pecadores, límpiense las manos! ¡Ustedes los inconstantes, purifiquen su corazón! 9 Reconozcan sus miserias, lloren y láméntense. Que su risa se convierta en llanto, y su alegría en tristeza. 10 Humíllense delante del Señor, y él los exaltará. (Santiago 4:7-10)

Iniciativa + respuesta: Santiago presenta la respuesta en una lista en los versículos 7–10 donde destacan varios puntos. Su primera orden es someternos a Dios. ¿Qué quiere decir con esto? En base a los versículos precedentes, implicaría someter nuestros deseos y búsqueda del placer a Dios. ¿Y qué viene después? Resistir al diablo, lo que conlleva una promesa. La redacción de Santiago implica una reacción natural a nuestra resistencia: si resistimos, el diablo huirá de nosotros. Esto debe servirnos de gran aliento cuando enfrentamos batallas espirituales. En lugar de temer al poder del diablo, podemos confiar en el resultado que tendrá nuestro sometimiento a Dios.

Santiago describe otra acción/reacción al inicio del versículo 8, la que trae una promesa implícita: A medida que nos acerquemos a Dios, él se acercará a nosotros. Podemos encontrar un gran aliciente en esta promesa para aquellos tiempos en que nos sentimos lejos de él, sea como resultado de nuestras elecciones pecaminosas o por otros factores. Podemos descansar en la confianza de que si nos acercamos a él, Dios hará lo mismo con nosotros.

Uno de los grandes obstáculos que debemos vencer es creer verdaderamente que esto es posible. Como humanos tendemos a promovernos a nosotros mismos, a mirar por nuestros propios intereses, incluso a expensas de los demás. No tiene sentido pensar que si nos humillamos, obtendremos alguna recompensa, ¿cierto? Pero este choque con nuestra sabiduría convencional recalca la magnitud del problema espiritual: Obedecer los mandatos de Dios contradice el sentido común. En consecuencia, todo se reduce a si vamos a confiar en Dios y le vamos a ofrecer nuestra lealtad, o si nos alineamos con el mundo.

Santiago formula las dos órdenes siguientes del versículo 8 como si se dirigiera a grupos diferentes, los pecadores y los inconstantes o de doble ánimo. Basados en la naturaleza de sus exhortaciones anteriores, estos cambios de enfoque tienen el mismo efecto retórico que su referencia a los adúlteros del versículo 4. Su llamado a la humildad y acercarse a Dios choca con

el término que usa para tratar a la audiencia en su siguiente exhortación. Al llamar a los pecadores y no solo a los creyentes a que limpien o laven sus manos, Santiago está diciendo que no solo hay que lavarse las manos una vez, sino que hay que dejar de pecar, para que no se vuelvan a ensuciar. Lo mismo se aplica cuando hace su llamado a los inconstantes a que purifiquen sus corazones. Es como decir que si sus corazones hubieran sido verdaderamente limpiados, no deberían volver a manifestar doble ánimo. En este caso, Santiago recurre a palabras fuertes para ampliar la temática de cada exhortación. Al hacer esto, tiene mucho más impacto que la simple exhortación de dejar de pecar o limpiarse las manos.



*11 Hermanos, no hablen mal unos de otros. Si alguien habla mal de su hermano, o lo juzga, habla mal de la ley y la juzga. Y, si juzgas la ley, ya no eres cumplidor de la ley, sino su juez.
12 No hay más que un solo legislador y juez, aquel que puede salvar y destruir. Tú, en cambio, ¿quién eres para juzgar a tu prójimo? (Santiago 4:11,12)*

Hablar mal: Considerar este asunto de esta forma cambia completamente nuestra forma de ver aquello que podríamos describir como dejarnos llevar por la ira o perder los estribos con otros creyentes. Santiago nos deja sin margen alguno que pueda justificar o tolerar nuestra conducta. Aun cuando pudiéramos perder el control sobre nuestras palabras con otro creyente, ¿debiéramos hacer eso con Dios? ¡De ninguna manera! Debemos tener lo siguiente en mente: Él es quien puede salvar o destruir. Santiago cierra esta sección haciendo una pregunta que queda sin respuesta: ¿Quiénes somos para actuar de esa forma? Lo que está implícito aquí es que al asumir el rol de juez por nosotros mismos, estamos actuando como si fuéramos iguales a Dios.

En los versículos 11–12, Santiago aborda otro problema relacionado con los conflictos: Hablar mal unos de otros. En lugar de apelar a nuestra compasión por la otra persona, o a nuestra conciencia, Santiago escoge el temor como agente motivador. Él explica que no solo estamos difamando a otro creyente, sino que estamos hablando mal de la ley de Dios. ¿Recuerda cómo se describió a los destinatarios de esta carta en 1:1? Creyentes judíos, las doce tribus de Israel dispersas a causa de la persecución. La presión de la persecución puede llevar a algunos a entregar a otros para salvarse, abandonando la comunidad de la fe. Según Santiago, cuando hablamos mal de alguien o juzgamos a otros creyentes, las consecuencias son mucho más serias de lo que podríamos imaginar. Pero espere, esto empeora. En lugar de ser hacedor o cumplidor de la ley, como se plantea en 1:22–25, nos convertimos en *jueces* de la ley. ¿Por qué esto es un problema tan grande? Criticar la ley, implica criticar a aquel que la dio: Dios. No solo es él el

dador de la ley, sino que el juicio es *su* prerrogativa, no nuestra, En el versículo 12, Santiago incluye un recordatorio escalofriante: Es Dios quien es capaz de salvar o destruir.

13 Ahora escuchen esto, ustedes que dicen: «Hoy o mañana iremos a tal o cual ciudad, pasaremos allí un año, haremos negocios y ganaremos dinero». 14 ¡Y eso que ni siquiera saben qué sucederá mañana! ¿Qué es su vida? Ustedes son como la niebla, que aparece por un momento y luego se desvanece. 15 Más bien, debieran decir: «Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello». 16 Pero ahora se jactan en sus fanfarronerías. Toda esta jactancia es mala. 17 Así que comete pecado todo el que sabe hacer el bien y no lo hace.
(Santiago 4:13-17)

En la sección final del capítulo 4, Santiago trata el problema de jactarse acerca del futuro. Coloca palabras en la boca de una persona hipotética, quien presume de que irá a tal o cual ciudad por un año para hacer negocios y hacer dinero rápido. ¿Cuál es la idea central de esta sección? ‘No sean presuntuosos, sino que antepongan a sus afirmaciones ‘si el Señor quiere’ para demostrar que sus planes no son algo cerrado’.

Santiago nos dice que somos niebla, que hoy estamos aquí, pero que mañana ya nos habremos ido. Esto significa que no deberíamos hacer planes tan definitivos, porque todo se puede derrumbar en un instante, ¿cierto? Este concepto, sin embargo, deja varios asuntos sin conciliar. En primer lugar, ¿qué tiene esto que ver con la sección precedente acerca de sujetar nuestras pasiones en vez de dejar que se descontrolen? En realidad, nada. ¿Y qué hay con la aplicación con que Santiago termina esta sección en el versículo 17? ¿De qué forma el hacer planes presuntuosos se relaciona con no hacer el bien que se debiera? Mi objetivo en este comentario es entender de mejor manera la línea de argumentación que sigue el escritor. Necesitamos asegurarnos de no desenfocarnos de lo que creo es el punto al cual Santiago ha querido en todo momento llevarnos.

La sección precedente (versículos 1–12) trata con los problemas que surgen de no sujetar nuestras pasiones y deseos. Santiago emplea una pregunta para romper el hielo, «¿de dónde surgen las guerras y los conflictos entre ustedes?», para hacernos pensar en las posibles causas. La causa particular en la que él se enfoca es nuestro deseo egoísta de satisfacer nuestros deseos y pasiones. Esto, dice Santiago, constituye la raíz de nuestros conflictos interpersonales (versículo 2). Después de diagnosticar la fuente de nuestros problemas en los versículos 1–6, Santiago describe los pasos que podemos dar para asegurar que nuestras pasiones no pasen por encima de otras personas (versículos 7–10). Cierra esta sección exhortándonos a no hablar mal de los demás, lo cual es, potencialmente, un ejemplo de cómo las pasiones descontroladas nos pueden llevar a usurpar el lugar que Dios tiene como juez.

